

Uso y abuso de los libros en un mundo libresco: algunos ejemplos griegos de la época imperial*

Francesca Mestre

Universitat de Barcelona. Departament de Filologia Grega
fmestre@ub.edu



Recepción: 3/7/2009

Resumen

La élite de *pepaideumenoí* del Imperio romano, tanto de lengua griega como latina, viven sumergidos en un mundo libresco: el libro, como objeto material y como concepto intelectual, ha pasado a formar parte de su vida más cotidiana. Este trabajo pretende mostrar cómo esta realidad universal adquiere, sin embargo, rasgos bien particulares según los individuos, con lo cual se conforma un panorama sociológico y cultural que, a través del libro, define bien a las mencionadas élites.

Palabras clave: Luciano, Ateneo, Plutarco, Galeno, Imperio romano, libro, biblioteca.

Abstract. *Use and Abuse of Books in a Bookish World: Some Greek Examples from the Imperial Period*

Roman Empire élites of *pepaideumenoí*, both Greek and Latin writers, live immersed in a bookish world: books, as material objects or as intellectual concept, have become an important issue of the daily life. The aim of this paper is to show how this universal statement turns out into particular features depending on the individuals, and to outline a sociological and cultural panorama which, through books and libraries, characterizes the mentioned elites.

Key words: Lucian, Athenaeus, Plutarch, Galen, Roman Empire, book, library.

...ἄφρες δὲ τὰ βιβλία καὶ μόνα ἐργάζου τὰ σαυτοῦ...
...olvídate de los libros y ocupate sólo de tus asuntos...¹

En un entorno completamente libresco, como es el de las élites de *pepaideumenoí* del Imperio romano, Luciano de Samosata, un miembro de esas élites, en la diatriba invectiva que dirige a, aparentemente, una persona real —un sirio para más

* Este trabajo ha sido realizado en el marco del SGR «Graecia Capta», y del proyecto HUM2006-06980/FILO.

1. Lucianus, *Ind.* 28. Todas las traducciones, salvo si se indica lo contrario, son mías.

señas—, le aconseja, con malicia, que deje los libros y se dedique a sus asuntos. Y no sólo eso, sino que, en un claro acto de discriminación, establece una frontera entre aquellos a quienes los libros pueden serles útiles y los que, por mucho que compren grandes cantidades de ellos y se paseen siempre con uno en la mano, jamás les sacarán ningún partido:

Τί οὖν; φῆς καὶ ταῦτά μὴ μαθῶν ἡμῖν εἰδέναι; πόθεν, εἰ μὴ ποτε παρὰ τῶν Μουσῶν κλώνῃ δάφνης καθάπερ ὁ ποιμὴν ἐκείνος λαβῶν; λικῶνα μὲν γάρ, ἵνα διατρῖβει αἱ θεαὶ λέγονται, οὐδὲ ἀκήκοας οἶμαί ποτε, οὐδὲ τὰς αὐτὰς διατρῖβὰς ἡμῖν ἐν παισὶν ἐποιοῦ· σοὶ καὶ μεμνήσθαι Μουσῶν ἀνόσιον. (3)

¿Qué, pues? ¿Sigues afirmando que, sin haber recibido instrucción, sabes lo mismo que nosotros? ¿Cómo?, si no es que has recibido de las Musas una rama de laurel, como el pastor aquel; pues del Helicón, donde se dice que esas diosas se prodigan, creo que ni has oído hablar nunca, ni has frecuentado los mismos lugares que nosotros de niños.

La clara distinción entre *vosotros* y *nosotros* tiene, además, este otro ingrediente:

᾿Ως εἴ γε τὸ κεκτηῖσθαι τὰ βιβλία καὶ πεπαιδευμένον ἀπέφαινε τὸν ἔχοντα, πολλοῦ ἂν ὡς ἀληθῶς τὸ κτῆμα ἦν ἄξιον καὶ μόνων ὑμῶν τῶν πλουσίων, εἰ ὥσπερ ἔξ ἀγορᾶς ἦν πρίασθαι τοὺς πένητας ἡμᾶς ὑπερβάλλοντας. (4)

Si el hecho de poseer los libros convirtiera también al poseedor en instruido, realmente sería una posesión muy preciada y sólo al alcance de vosotros los ricos, dado que sería posible, como en el ágora, comprar pujando más que nosotros los pobres.

Es decir, y simplificando: *tú / vosotros* sois ricos e incultos, y *yo / nosotros* somos pobres y cultos.

No vamos a entrar ahora a definir quiénes son unos y quiénes los otros; lo que aquí ahora nos interesa es que la adquisición, posesión y ostentación de libros es, además de muchas otras cosas, un barómetro social como lo es también la cultura en general. Luciano es el escritor de la época que más incide —y para ello utiliza la sátira, la invectiva y la parodia— en los aspectos sociales de su entorno, que es, como ya se ha dicho, el de las élites del imperio; y uno de los factores para él determinantes es la falsa ecuación riqueza = cultura. De ahí el escarnio contra toda una serie de personajes que, para acceder a la riqueza y a una posición social², aparentan tener una vasta educación, o bien, como en el texto aquí citado de *Contra un inculto que compraba muchos libros*, la ridiculización de aquellos que utilizan los aspectos más visibles y superficiales de la *paideia* —pasearse siempre con un libro, decir palabras antiguas y rebuscadas, etc.— como muestra de su alto nivel social. En esta obra, pues, Luciano pone en evidencia a su destinatario, porque acapara libros sin ton ni son, porque los utiliza como signo de riqueza y de estatus

2. Son paradigmáticos de ello obras como el *Pseudologista*, el *Maestro de oradores*, *Lexifanes*, etc. Cf. MESTRE y GÓMEZ (2007).

social, porque sólo los compra y no los lee, o, si llega a leerlos, no entiende nada de lo que dicen y, por ende, se los queda para él solo y no los deja a quienes podrían sacar de ellos un provecho³. De ahí que acabe diciéndole:

σὺ γὰρ ἀνήση καὶ χρῆση εἰς οὐδὲν καὶ καταγελασθήση πρὸς τῶν πεπαιδευμένων, οἷς ἀπόχρη ὠφελείσθαι οὐκ ἐκ τοῦ κάλλους τῶν βιβλίων οὐδ' ἐκ τῆς πολυτελείας αὐτῶν, ἀλλ' ἐκ τῆς φωνῆς καὶ τῆς γνώμης τῶν γεγραφότων. (28)

Tú sigue comprando libros, sigue sin sacarles ningún provecho, y sigue siendo objeto de burla para los instruidos, aquellos para quienes cuentan, no la belleza ni el precio de los libros, sino la voz y el pensamiento de quienes los han escrito.

Ciertamente, Luciano es inmisericorde: todo lo relacionado con la cultura ha de ser de altos vuelos, no admite, al parecer, ni la más mínima frivolidad en este campo, o todo o nada. Pero, ¿qué prevalecía en esta actitud? ¿Debemos considerar a nuestro sirio helenizado y ciudadano romano como una especie de campeón de la cultura, o bien, simplemente, lo que le irritaba eran los beneficios materiales que hacerse el erudito acarrearba a unos personajes más vividores que cultos⁴?

El entorno social en el que debía de moverse nuestro autor, sin embargo, con independencia de los vividores reconocidos, desplegaba, seguramente, un amplio abanico de posibilidades de ser instruido o culto, y un amplio abanico de uso y manejo de los libros: desde un uso estético, social y de entretenimiento⁵, como el del sirio de la invectiva de Luciano, hasta un uso realmente intelectual y erudito⁶, signifique esto lo que signifique: no queda más remedio que dejarlo a la subjetividad de quien se pronuncia al respecto.

Una vez esbozada, a modo de provocación y de pretexto, la postura de Luciano de Samosata respecto a los libros y lo que para él significan, me propongo, en estos pocos párrafos que siguen, definir, con algunos ejemplos, las posturas de otros autores del momento, contemporáneos de Luciano, con el objeto de ilustrar la presencia del libro como bien material, portador, transmisor y depositario del saber, de los saberes, y, por lo tanto, como metonimia de estos saberes.

Los autores del siglo II dC viven en un mundo libresco, donde la centralidad del libro se siente como algo cotidiano, habitual, universal, hasta el punto de que impregna todos los aspectos de la vida de la sociedad romana que mejor conocemos, es decir, la de las élites instruidas, cultas y socialmente destacadas⁷. Sin embargo,

3. Es necesario hacer notar, además, que, en la antigüedad, saber leer significa algo más que hoy en día y, en general, desde la invención de la imprenta: la *scriptio continua*, la falta de acentos y tildes y una puntuación aleatoria convertían el simple hecho de leer en una especie de desciframiento para el cual era imprescindible entender lo leído.
4. Sobre la relación de Luciano con su público, cf. CAMEROTTO (1998: 261-302).
5. Cf. Lucianus, *Ind.* 7, donde se alude a las lecturas que tenían lugar, en casa de los ricos, después o durante la cena.
6. Cf. JOHNSON (2000: 606-624).
7. La bibliografía que, desde distintos puntos de vista, trata el tema de la sociedad libresca del imperio es muy abundante; además del ya clásico CAVALLO, TURNER y KLEBERG (1975), sobre todo p. 40-79; HARRIS (1989) especialmente sobre el carácter elitista de la cuestión libresca; y CRIBIÖRE (1996), que se basa fundamentalmente en documentación papirácea.

esta centralidad del libro adquiere sentidos diversos, se hace eco de realidades distintas, según los casos, y se aplica a la vida y a la literatura de los individuos de diferentes maneras. El concepto de libro cubre un campo muy amplio que, a su vez, describe el mundo intelectual de esa sociedad. Por un lado, el libro evoca la tradición, el saber acumulado por una civilización que se sabe y se postula como ininterrumpida desde las glorias de la época clásica; el libro está también en la base de la cultura, de la educación, de la *paideia* de cada individuo o de un grupo; pero el libro es también un bien material privado, un aspecto del poder económico de alguien.

Cuando Luciano, en el texto citado más arriba⁸, denostaba al sirio comprador de libros por sólo estar pendiente de la belleza de éstos (*ἐκ τοῦ κάλλους*) o de su alto precio (*ἐκ τῆς πολυτελείας*) para tomarlos en consideración, y añadía, ejemplarmente, las cualidades que, en cambio, según su parecer y el de los *pepaideumenoí*, eran importantes en un libro: *ἐκ τῆς φωνῆς καὶ τῆς γνώμης τῶν γεγραφότων*, indica de una manera bien sencilla cuál es la cuestión: los libros pueden poseerse como objetos (por su belleza y por su precio), objetos de coleccionista o de lujo incluso⁹, o bien son utilizados para el estudio, el aprendizaje, el saber (en este caso, lo que cuenta es la voz de quien escribe y la inteligencia o el pensamiento que ha puesto en su escrito). En ambos casos, la formulación es voluntariamente esquemática y metafórica: no es cierto que quien los adquiere por su belleza o su precio no los use, es decir, no los lea¹⁰; y tampoco es cierto que quien los use para labores intelectuales sólo tenga en cuenta lo que contienen o incluso las características de quien los ha escrito (su voz, su inteligencia)¹¹. Lo que deja claro esta formulación es que, según Luciano, para los primeros, el libro es algo estático, incluso en lo que contiene: los acaudalados romanos solían tener a un lector —esclavo o sirviente— que leía a los comensales para deleitarles una velada y, para éstos, lo leído era escuchado y les provocaba un sentimiento de refinamiento similar al de tener bellas estatuas en el jardín¹². Dejando a un lado, pues, cuánto de lo leído era comprendido y cómo —evidentemente, los grados debían variar según cada individuo—, se trata de un acto social mucho más que de una implicación intelectual. Este es el grupo al que Luciano desprecia. En cambio, los que no tienen en cuenta ni la belleza ni el precio, y para ellos la relación con los libros es menos *amateur*, más profesional, pues, son los que considera similares a él mismo: vosotros y nosotros; los *pepaideumenoí* y los que, aunque instruidos

8. Lucianus, *Ind.* 28.

9. Cf. ELSNER (1998: 110): «of all the private objects which signalled their owner's wealth and *paideia*, perhaps the supreme examples —at least in the detailed attention they demanded from their viewers, if not necessarily in the cost of their materials and labours— were books».

10. Cf. Lucianus, *Ind.* 4: «por mucho que lleves un libro en la mano y que siempre estés leyendo, no entiendes nada de lo leído, sino que, como un asno, escuchas la lira moviendo las orejas» (*καὶ σὺ τοῖνον βιβλίον μὲν ἔχεις ἐν τῇ χειρὶ καὶ ἀναγινώσκεις αἰεὶ, τῶν δὲ ἀναγινωσκομένων οἴσθα οὐδέν, ἀλλ' ὄνος λύρας ἀκούεις κινῶν τὰ ὦτα*).

11. También ellos, de alguna manera, *juegan* con lo que leen, como veremos que hacen los *deipnosofistas* de Ateneo.

12. Cf. JOHNSON (2000: 614).

—saben leer, sin duda, y algún placer sacan de la lectura—, no van más allá de la superficie, de una ligera pátina que se confunde, a menudo, con lo puramente material y que, para Luciano, es motivo de sátira contra un buen número de nuevos ricos que muestran su poder económico comprando bibliotecas enteras o libros muy caros y, gracias a ello, un prestigio social. No pueden, no obstante, comprar lo que no se compra.

En efecto, el período imperial ha sido descrito como uno de los momentos de la historia de la humanidad en que cultura y poder están más cercanos. La segunda sofística es un movimiento que, entre otros aspectos, se define por su cercanía al poder. Los sofistas de la segunda sofística reúnen alrededor de su persona y de su actividad todo lo que de importante y significativo hay en su época¹³. Son, normalmente, hombres célebres por su proyección social, la cual les viene dada, en gran medida, por las demostraciones públicas que hacen de su saber, de su instrucción, de su cultura y, sobre todo, de su habilidad en el manejo de la palabra, cualidad ésta que, según algunos —Luciano mismo— enmascara las otras. Los espectáculos de la palabra de los que eran protagonistas les conferían fama y adeptos, y, en ellos, sin duda, el libro desempeñaba un papel implícito¹⁴. Sin embargo, y a pesar de esta gran proyección social, que ha sido bien explicada por Filóstrato en sus *Vidas de Sofistas*, el hombre de la segunda sofística, en sentido amplio, puede ser también aquél cuyo renombre le viene por algo más privado o, al menos, con menos olor de multitudes, pero siempre relacionado con el uso de la palabra y la cultura: por un lado, un hombre de la élite era, debía ser, por definición, alguien capaz de hablar en público, aunque sólo fuera en banquetes de boda, para defender sus propiedades o en las discusiones con sus pares en banquetes y termas¹⁵. Por otro lado, podemos hablar de un aspecto privado de la cultura que se produce en el ámbito de la casa, donde la presencia de libros, de bibliotecas enteras, a veces, abre una dimensión distinta del saber, del acceso al saber y de los privilegios que éste conlleva.

Los hombres más poderosos del imperio decoran sus *villae* con objetos lujosos, entre los cuales se encuentran ejemplares de libros que adquieren a precios altos¹⁶. Estas casas abren sus puertas a los cenáculos de otros miembros de la élite, a los sofistas y a los *pepaideumenoi* en general. Las reuniones en las casas privadas toman la forma del banquete tradicional y, a su vez, esta actividad notablemente característica de esa sociedad se convierte en pretexto para mostrar todo lo que uno tiene: la riqueza en forma de objetos varios, entre los cuales, libros y biblio-

13. Cf. sobre las relaciones entre segunda sofística y poder, la obra ya clásica de BOWERSOCK (1969), y el excelente estudio, más reciente, de SCHMITZ (1997); cf. también WHITMARSH (2005).

14. GLEASON (1995) explica muy bien el carácter *performativo* de la cultura entre las élites del imperio, muy relacionada con la *paideia*, así como el carácter competitivo de la misma, y pone de manifiesto que, en realidad, implica tanto aspectos intelectuales como corporales.

15. *Ibidem*, p. XXI.

16. Cf. Lucianus, *Ind.* 7: [...] ὁπόταν τὸ μὲν βιβλίον ἐν τῇ χειρὶ ἔχῃς πάγκαλον, πορφυρῶν μὲν ἔχον τὴν διαφθέραν, χρυσοῦν δὲ τὸν ὀμφαλόν [...] «[...] por mucho que el libro que llevas en tu mano sea de una gran belleza, con funda de piel color púrpura y cierre de oro [...]»; cf. JOHNSON (2000: 612-615) y ELSNER (1998: 106-112) (cf. *supra* n. 9).

tecas, el poder que emana de la frecuentación de los poderosos, y la cultura en forma de discusión erudita. Y, de nuevo ahora, hago notar que para todos estos aspectos se abre un amplio abanico de grados: se puede mostrar una riqueza que es, en realidad, algo precaria, unas relaciones con el poder algo magnificadas, una cultura más bien superficial... En resumen, riqueza, poder y cultura sirven para la ostentación, algunas veces real y otras fingida¹⁷. Sin embargo, precisamente el ámbito privado de la casa se convierte en el lugar donde la relación con los libros se hace más evidente, ya que la cercanía con la materialidad del libro es el elemento indispensable para el ejercicio de la erudición y para la cohesión del grupo, de esta élite que aspira permanentemente al poder, al liderazgo, para mantener sus privilegios y su influencia. Podemos fácilmente trazar un esquema de la vida cotidiana de la élite del imperio —tanto las élites griegas de oriente como las de Roma— a partir de esta descripción que va de lo público a lo privado y, en lo privado, a través de bibliotecas o colecciones de libros privadas y de las cenas o banquetes.

En el seno de estas vidas cotidianas, sin embargo, y de su relación con los libros¹⁸, podemos ver actitudes paralelas, pero no siempre idénticas.

Luciano nos da el perfil de un sirio acaudalado —o tal vez no tanto—, para quien los libros son simplemente instrumentos para aparentar lo que no es. En cambio, para hombres como Plutarco, Galeno y Ateneo los libros son instrumentos para otras cosas. Plutarco, Ateneo y Galeno son *pepaideumenoi*; creo que ni Luciano estaría en contra de esta afirmación. Son también hombres de un gran prestigio social, cercanos al poder. No cabe duda —pues de ellos conservamos obras y testimonios— de que los tres son ejemplos que explican bien el fenómeno de la sociedad libresca, seguramente en su aspecto más positivo, mientras que el sirio de Luciano nos retrataba, caricaturescamente, su aspecto más negativo.

Plutarco, Galeno y Ateneo, aunque desde puntos de vista y modos de vida distintos, se aventuran en una labor intelectual y erudita de verdad, para la cual tanto el concepto de libro como su propia materialidad son esenciales. Dejando, pues, de lado, para trazar el perfil libresco de estos personajes, el aspecto estético y de simple apariencia del libro, vemos que para ellos el libro es, por un lado, fuente y, por otro, obra, creación. Fuente porque los libros están en la base de su actividad, se sirven de ellos, los leen, los comentan, los imitan; el libro es la tradición que pesa sobre ellos, sobre su pensamiento y su escritura, y el libro es también el conocimiento de sus contemporáneos; se trata, pues, en una palabra, de los libros de los demás¹⁹. Es creación desde el momento en que debemos tener en cuenta cuál es

17. En realidad, sea verdad o no, Luciano desacredita en todos estos campos al supuesto acaudalado sirio, gran comprador de libros, por aparentar cultura sin tenerla (*Ind.* 4; 18; 27); por aparentar riqueza sin ser rico, sino por haber tenido la suerte de heredar de un pobre viejo (*Ind.* 19); por aparentar rango y distinción, siendo simplemente una burda imitación (*Ind.* 21-22).

18. JOHNSON (2000: 622) realiza un esquema a partir de Plinio el Joven (*Ep.* 3.1) que describe el régimen de vida de Vestricio Spurinna, patricio romano, ya mayor, que vive retirado en su casa de campo.

19. Poco importa aquí si las lecturas eran siempre sobre obras enteras o sobre antologías, florilegios, repertorios de citas o epítomes; en algunos casos, es ciertamente complejo saber, para cada autor y para cada obra, cuál ha sido la fuente, es decir, si consultaban algún libro, y qué tipo de libro

el punto de partida de su autor, su intención, qué desea poner de relieve o explicar y, en definitiva, cuál es la naturaleza de su escritura y qué espera de ella. Se trata ahora, pues, del libro de uno, el libro propio.

Al escoger, de entre los autores griegos del Imperio, a Plutarco, Ateneo y Galeno, he tenido en cuenta, de entrada, que ninguno de los tres nos es conocido por su actividad sofística, *stricto sensu*, es decir, la de conferenciantes itinerantes mencionados más arriba, típicos de la segunda sofística. Ninguno de los tres es incluido en las *Vidas de Sofistas* de Filóstrato²⁰, aunque, por supuesto, forman parte del ambiente cultural típico de la segunda sofística.

En cambio, con estos autores, nos acercamos claramente a un aspecto privado de sus vidas: nos introducen en el interior de sus casas o de las casas particulares que frecuentan.

Ateneo es un hombre de biblioteca, altamente representativo de un ámbito de lectores y escritores instruidos, acostumbrados a comprar libros, a coleccionarlos, a frecuentar librerías, etc. Tanta es la relación entre Ateneo y la biblioteca que, metafóricamente pero con acierto, se ha llegado a decir que su propia obra, los *Deipnosophistas*, es, ella misma, una biblioteca²¹: una especie de paseo figurado por la biblioteca de Larenio o por cualquier otra, como si, al hilo de una conversación durante o después de la cena, el lector fuera llevado de la mano por las estanterías y fuera abriendo un libro y otro libro para encontrar en ellos la referencia adecuada o requerida. El libro de Ateneo sirve para mostrar otros libros aun sin mostrarlos materialmente: los comensales de la casa de Larenio no llevan consigo libros ni los leen en ese momento, sino que se han preparado previamente y citan de memoria. Así, los libros de la tradición griega son fragmentados en pequeñas muestras de un tema principal: el banquete y todo lo que le concierne. Un tema principal que es, al mismo tiempo, un libro, el único libro de Ateneo, el suyo.

En Roma, en casa del acaudalado Larenio, propietario de una colección de libros formidable²², la reunión de sofistas se organiza alrededor del banquete, pero el banquete es, al mismo tiempo, el tema del banquete. Podemos imaginarnos a los invitados asistiendo a ese banquete erudito bien preparados: con su «maletín»

concretamente, para componer sus obras. Sobre este tipo de tradición «por acumulación», y cómo cada uso implica un nuevo contexto y una nueva interpretación, cf. CANFORA (2001). Sobre esta vehiculación del conocimiento a base de fragmentos, citas breves, palabras sueltas, cf. JACOB (2000: 104).

20. Es cierto que Ateneo es llamado sofista por el autor de su propio epítome, y que los asistentes a su banquete se llaman sofistas los unos a los otros y que, incluso el título de su obra contiene esta palabra, sin embargo, ninguna actividad pública es mencionada en toda la obra; también es cierto que Galeno se identifica con los sofistas. Para Filóstrato, no obstante, el apelativo de *sofista* indica claramente un género de vida, un oficio y unas actitudes y actividades variadas pero más o menos coincidentes, que no se pueden rastrear ni en Plutarco, ni en Galeno, ni en Ateneo. Sobre la «profesión» de sofista, según Filóstrato, cf. MESTRE y GÓMEZ (1998); MESTRE (1997) y MESTRE (1999).
21. Cf. JACOB (2000: 87): «...we could consider Athenaeus as a librarian and his text a library, a storage device for hundreds of books that were read or browsed». Cf., asimismo, JACOB (2001: LVII-LXI).
22. Al menos así lo podemos leer en Ath. I 3a-b. La identidad, real o ficticia, de Larenio ha sido ampliamente debatida; más bien creemos que, sea inspirándose en alguien real o no, Ateneo crea el retrato perfecto de un hombre rico, instruido, bibliófilo y filoheleno. Cf. JACOB (2001) y BRAUND (2000).

de banquetes²³, que contenía, a parte de lo necesario para el banquete —colchas, manteles y servilletas— algún que otro rollo, normalmente de la propia obra, para obsequiar así al anfitrión, y quizás también algunas notas previamente preparadas para ser utilizadas a medida que se fueran desgranando los distintos asuntos. El anfitrión, por su parte, hombre admirable que sabe utilizar su poder al servicio de la cultura, se distingue por el hecho de haber adquirido, y, por tanto, poseer, no sólo una gran cantidad de libros, sino, concretamente, de libros griegos antiguos (ἦν δέ, φησί, καὶ βιβλίων κτῆσις αὐτῷ ἄρχαίων Ἑλληνικῶν τοσαύτη ὡς ὑπερβάλλειν πάντας τοὺς ἐπὶ συναγωγῇ τεθναυμασμένου²⁴), como ninguno antes lo había hecho²⁵, dato que sirve al autor para mencionar a renglón seguido todos aquellos que anteriormente habían sido considerados como grandes bibliófilos, desde el tirano Polícrates de Samos hasta Aristóteles, pasando por Eurípides, etc.

Los asistentes al banquete, pues, instalados en esa casa llena de libros, más que debatir sobre cuestiones referidas al banquete, compiten aludiendo o citando a autores antiguos que se pronuncian sobre el banquete y todo lo relacionado con él, que, como es sabido, tratándose de la tradición griega, abarca una gran cantidad de ámbitos. Ello no obstante, si la referencia a lo que contienen los libros de los antiguos es aducido siempre como autoridad, puede sorprender el hecho de que no siempre la precisión, la literalidad o la atención al contexto de la obra citada sean respetadas al máximo: seguramente esto se debe a que las citas forman parte de compilaciones ya descontextualizadas. Así, al lado de citas que podemos conjeturar que son literales, encontramos referencias vagas. En el libro III²⁶, por ejemplo, Cínulco toma la palabra para criticar a aquellos que, como, Ulpiano, se han dedicado a innovar y a retorcer hasta tal punto la lengua que sus palabras acaban siendo incomprensibles, como los oráculos o algunos propósitos de filósofos. Para ello, reproduce, citándolos, unos versos del *Cleófanes* de Antífanos: cita que constituye el fragmento 120 Kassel-Austin de este poeta de la comedia media. Pero, siguiendo la broma, alude a un pasaje indeterminado de Simónides donde éste llama a Zeus «Aristarco», es decir, «soberano excelente»²⁷. Lo interesante aquí es la convivencia entre la cita literal y la referencia imprecisa, marcada claramente en griego por la partícula που: οἶδα δ' ὅτι καὶ Σιμωνίδης που ὁ ποιητὴς ἀρίσταρχον εἶπε τὸν Δία «sé que también el poeta Simónides, en algún lugar, llamó 'soberano excelente' a Zeus». Paralelamente a este procedimiento de meter mano a lo que contienen los libros por donde bien le parece a cada uno, nos encontramos con el personaje de Ulpiano, para quien nada existe, ni siquiera la posibilidad de comer en

23. Se trata del στρωματόδεσμος 'saco o equipo de cama de viaje', cf. Ath. I 4c. Luciano también hace referencia a la servilleta que los comensales llevaban consigo para los banquetes (cf. *Merc.Cond.* 15).

24. «Era tal la cantidad de libros griegos antiguos que poseía, dice, que superaba a todos cuantos habían sido admirados por sus colecciones».

25. Cf. Ath. I 3a.

26. Cf. Ath. III 99a-b.

27. Aristarco, utilizado presuntamente por Simónides como epíteto de Zeus, es un nombre propio que, etimológicamente, puede significar 'soberano excelente' (ἄρχειν y ἄριστος).

el banquete, antes de averiguar si una palabra se encuentra o no en los libros: el apodo de Ulpiano es *Κειτούκειτος*²⁸, puesto que para él todo depende de si la palabra o la expresión está (*κεῖται*) o no está (*οὐ κεῖται*) en los libros.

Así pues, el libro de Ateneo comprende todos los libros y en su elección quizás pretende cumplir dos objetivos: un objetivo libresco, bibliófilo, en el sentido de que pretende continuar una tradición antigua, la tradición de la comedia —especialmente de la comedia media tan mal conocida y la del banquete, desarrollada especialmente en la literatura de banquetes helenística de Aristoxeno y Dídimo; y un objetivo sociocultural, en el sentido de que describe su propia sociedad mientras realiza dos de las actividades principales que la caracterizan, la discusión erudita y la autoridad absoluta de los antiguos, por un lado, y, por otro, la reunión, en el seno de las casas de los ricos, en forma de banquete de los intelectuales del momento. Es difícil, no obstante —y así lo manifiestan los estudios de los especialistas— saber exactamente cuál es su propósito: simple descripción, obra erudita para un público erudito, crítica social contra el parasitismo de los sofistas²⁹, parodia de un ámbito bien conocido por Ateneo... En todo caso, es una obra que no sería ni siquiera imaginable sin la revolución técnica, cultural y social que representó el libro.

Plutarco pasó la mayor parte de su vida en su Queronea natal, ciudad que no era, ciertamente, una gran urbe ni disponía de grandes bibliotecas —ni públicas ni privadas—, ni había en ella personajes importantes con grandes colecciones de libros y cuyas casas sirvieran de lugar de encuentro de sofistas e intelectuales.

No se puede decir que Plutarco no viajara en absoluto; llegó incluso a pasar una temporada larga en la ciudad de Roma y, allí, como todo el mundo de la élite, participó en las reuniones y en los banquetes de los ricos y poderosos de la capital del Imperio, pero, como él mismo decía, le gustaba quedarse en Queronea³⁰, porque lo suyo no eran, sin duda, las grandes multitudes ni el fausto que a menudo acompañaba a los sofistas de la segunda sofística. En todos sus escritos hay ecos de estos viajes y también de sus relaciones con Roma y con romanos ilustres, pero seguramente el texto que más representa aquella estancia suya en Roma son sus *Charlas de sobremesa* (*Συμπουσιακῶν*)³¹, es decir, unos diálogos que recrean conversaciones de después de la cena, dedicadas a su amigo el magistrado romano Cayo Socio Seneción. Aparentemente, pues, nos encontramos con una obra de planteamiento y desarrollo similar a la de Ateneo. Sin embargo, como es evidente para cualquier lector, *Deipnosofistas* y *Charlas de sobremesa* son obras diametralmente distintas.

Las *Charlas de sobremesa* de Plutarco, en el prólogo dedicatoria a Seneción, se presentan como continuación de la larga tradición de charlas eruditas en los

28. Ath. I 1e.

29. Cf. WHITMARSH (2000).

30. Dice: «vivo en una ciudad pequeña y me gusta quedarme en ella para que no se convierta en más pequeña [...]» (*ἡμεῖς δὲ μικρὸν μὲν οἰκοῦντες πόλιν, καὶ ἵνα μὴ μικροτέρα γένηται φιλοχωροῦντες [...]*), cf. Plu. *Dem.* 2.2. A propósito de algunos detalles de la vida de Plutarco, cf. MESTRE (1994).

31. Normalmente denominadas *Quaestiones convivales* (*Moralia*, 612c-748d).

banquetes, y como relato fidedigno de conversaciones en las que, tanto el propio Plutarco como Socio Seneción, tomaron parte (612d-e):

ἐπεὶ δὲ καὶ σοὶ δοκεῖ τῶν μὲν ἀτόπων ἢ λήθη τῶ ὄντι σοφῆ κατ' Εὐριπίδην³² εἶναι, τὸ δ' ὅλως ἀμνημονεῖν τῶν ἐν οἴνῳ μὴ μόνον τῶ φιλοποιῶ λεγομένῳ μάχεσθαι τῆς τραπέζης, ἀλλὰ καὶ τῶν φιλοσόφων τοὺς ἐλλογιμωτάτους ἀντιμαρτυροῦντας ἔχειν Πλάτωνα καὶ Ξενοφῶντα καὶ Ἀριστοτέλην καὶ Σπεύσιππον Ἐπίκουρον τε καὶ Πρύτανιν καὶ κερώνυμον καὶ Δίωνα τὸν ἐξ Ἀκαδημίας, ὡς ἄξιόν τινος σπουδῆς πεποιημένους ἔργον ἀναγκάσασθαι λόγους παρὰ πότον γενομένους, ᾧήθης τε δεῖν ἡμᾶς τῶν σοροῶδην πολλάκις ἔν τε Ῥώμῃ μεθ' ὑμῶν καὶ παρ' ἡμῖν ἐν τῇ Ἑλλάδι παρουσίας ἅμα τραπέζης καὶ κύλικος φιλολογηθέντων συναγαγεῖν τὰ ἐπιτήδεια, πρὸς τοῦτο γενόμενος τρία μὲν ἤδη σοὶ πέπομφα τῶν βιβλίων, ἑκάστου δέκα προβλήματα περιέχοντος, πέμψω δὲ καὶ τὰ λοιπὰ ταχέως, ἂν ταῦτα δόξῃ μὴ παντελῶς ἄμουσα μηδ' ἀπροσιδύονσ' εἶναι.

Como te parece que el olvido de situaciones inconvenientes es, realmente, de acuerdo con Eurípides, cosa sabia, pero también que perder completamente la memoria de lo dicho bajo los efectos del vino no sólo es contrario al dicho de que la mesa ayuda a hacer amigos, sino que también contradice a los más ilustres filósofos —Platón, Jenofonte, Aristóteles, Espeusipo, Epicuro, Prítanis, Jerónimo y Dión el académico—, que consideraron digno de cierto interés consignar por escrito las charlas mantenidas en el banquete, y como expresaste tu opinión de que era necesario que, de las charlas cultas que tienen lugar a menudo, sea en Roma entre vosotros, sea en Grecia entre nosotros, cuando la mesa y la bebida están dispuestas, reuniera en un escrito lo más conveniente, después de ponerme a ello, te mando ya tres libros, conteniendo cada uno diez cuestiones, y el resto te lo mandaré en breve, si es que éstos no te parecen absolutamente alejados de las Musas y de Dioniso.

Después de esta presentación, cada una de las charlas empieza con el enunciado de un tema, y los participantes en el diálogo intervienen sobre este tema. Algunos de estos temas o προβλήματα tratan de lo que es y lo que no es adecuado en el banquete, por ejemplo: '¿se debe filosofar mientras se bebe?' (Εἰ δεῖ φιλοσοφεῖν παρὰ πότον, 612e) o '¿debe el anfitrión acomodar a los comensales o deben ponerse ellos donde quieran?' (Πότερον αὐτὸν δεῖ κατακλίνειν τοὺς ἐσιτωμένους τὸν ὑποδεχόμενον ἢ ἐπ' αὐτοῖς ἐκείνοις ποιεῖσθαι, 615c), es decir, cuestiones muy formales, de urbanidad, que son reflejo del tiempo y del círculo del autor; o bien tratan de aspectos relacionados con el banquete muy secundariamente o en absoluto: '¿por qué suele decirse: "el amor enseña al poeta"?' (Πῶς εἴρηται τὸ 'ποιητὴν δ' ἄρα Ἔρωσ διδάσκει', 622c)³³, o 'sobre si Alejandro bebía

32. Alusión aquí a E. Or. 213: esta referencia indica claramente hasta qué punto algunas citas son usadas simplemente como máximas, completamente desarraigadas de su contexto, ya que, evidentemente, nada tiene que ver el contexto en que esta frase es pronunciada por Orestes en la tragedia de Eurípides con lo que aquí se dice, a pesar de que las palabras coinciden, excepto τῶν ἀτόπων ('situaciones inconvenientes') que substituye a τῶν κακῶν ('los males, las desgracias'): Orestes evoca la sabiduría del olvido de los antiguos males de su familia, al cual él no puede abandonarse.

33. Alusión al verso de la *Estenebea* de Eurípides (E. fr. 663 N) que Plutarco cita por entero unas líneas más abajo.

mucho' (Περὶ τῆς Ἀλεξάνδρου πολυποσίας, 623d), ο '¿por qué a los ancianos les gusta el vino sin mezcla?' (Διὰ τί μᾶλλον ἀκράτῳ χαίρουσιν οἱ γέροντες, 625a) y, seguidamente, '¿por qué los mayores leen a una cierta distancia?' (Διὰ τί τὰ γράμματα πόρρωθεν οἱ πρεσβύτεροι μᾶλλον ἀναγινώσκουσιν, 625c), es decir, cuestiones en las que los participantes pueden hacer gala de sus conocimientos y, evidentemente, la cita y la referencia a los antiguos están al orden del día. La *auctoritas* de los antiguos³⁴, pues, explícita e implícitamente, gobierna la obra de Plutarco: tanto al poner por escrito, hacer un *libro*, que relate las conversaciones de los banquetes, como al acudir a sus obras, a sus *libros*, para responder a las cuestiones planteadas.

En las *Charlas de sobremesa* de Plutarco, los supuestos comensales son el propio autor, su familia más cercana y su íntimo círculo de amigos, y debaten sobre cuestiones de orden interno al propio banquete y sobre todo en general: incluso un tema aparentemente superficial o incluso absurdo es indicado para mostrar el tipo de erudición requerida en un banquete. Como ejemplo de uno de estos temas superficiales, es traída a colación una anécdota relacionada con Demócrito: un día, el filósofo probó un calabacín y lo encontró dulce; a partir de esta constatación, se lanzó a investigar sobre el origen dulce de este vegetal, visitó el lugar donde se plantó e intentó averiguar la razón científica de su sabor; finalmente, su sirvienta confesó que el calabacín se le había caído en un pote de miel. Plutarco utiliza esta anécdota para resaltar que, como buen filósofo, Demócrito no abandonó su investigación porque ésta, con independencia de otras consideraciones, constituye un ejercicio útil en sí mismo³⁵.

Hombre educado en la *paideia*, Plutarco vivió encerrado en su casa, en sí mismo. La posibilidad de manejar libros y de tenerlos todos al alcance de la mano no era, sin duda, su caso. Se sirve, pues, de la memoria y de la formación recibida para evocar la autoridad de los antiguos. En el contexto de una discusión de sobremesa sobre los concursos de poesía, se acude al testimonio de Acesandro como garante, y Plutarco se felicita de haber guardado en su memoria un dato muy específico y no común (675a-b):

[...] εἶπον ὅτι καὶ Περίαν θάπτων Ἄκαστος ὁ υἱὸς ἀγῶνα ποιήματος παράσχοι καὶ Σίβυλλα νικήσειεν. ἐπιφρυομένων δὲ πολλῶν καὶ τὸν βεβαιωτὴν ὡς ἀπίστου <καὶ> παραλόγου τῆς ἱστορίας ἀπαιτούντων, ἐπιτυχῶς ἀναμνηθεὶς ἀπέφαινον Ἄκεσάνδρον ἐν τῷ περὶ Λιβύης ταῦθ' ἰστοροῦντα. 'καὶ τοῦτο μὲν' ἔφην 'τὸ ἀνάγνωσμα τῶν οὐκ ἐν μέσῳ ἐστίν [...]'].

[...] dije que para los funerales de Pelias su hijo Acasto había organizado un concurso de poesía en el que ganó Sibila. Muchos se rebelaron contra esta historia tan

34. El uso que Plutarco hace de los antiguos está cercano al que describe COMPAGNON (1979: 113), cuando habla del «citador»: «le citeur», ce poseur de questions, ne parle pas sous le nom de celui qu'il cite, il laisse la parole et se dissimule derrière celui qui l'écoute, qui s'expose à la vérité: le jugement lui est renvoyé», a diferencia de Ateneo, para quien prima más una especie de competición por conocer la palabra rara o la expresión relacionada que el carácter «ejemplar» de lo citado, cf. JACOB (2004: 158).

35. Cf. 628d: ἐγγυμνάσασθαι γάρ, εἰ μηδὲν ἄλλο χρήσιμον, ὁ λόγος παρέξει.

increíble y absurda, y quisieron conocer mi fuente, por suerte me acordaba y les señalé que Acesandro, en su su obra sobre Libia, la contaba. «Es cierto», añadí, «que no es una lectura muy común» [...].

Para Plutarco, los libros de otros, es decir, la tradición, son mucho más que objetos que uno tiene al alcance de la mano, se trata de la voz de autoridad que ayuda a defender una idea propia, un consejo propio, una enseñanza propia; si estos libros no contienen algo que sirva para este objetivo, hay que dejarlos de lado y afrontar claramente, si es necesario, su crítica, pues de esa crítica también saldrá una enseñanza. La obra de Heródoto, por ejemplo, es uno de estos libros que hay que obviar: Plutarco acusa a su autor de mala intención y de denigrar aquello que debería ser objeto de elogio. El ensayo *Sobre la malicia de Heródoto*³⁶ pretende demostrar que lo perjudicial no son los libros en sí mismos, sino la intención de su autor, por lo tanto hay que saber seleccionar³⁷ o, si uno es joven, debe ponerse en manos de un adulto instruido. Heródoto, en consecuencia, es criticado porque ofrece malos ejemplos de comportamiento y su lectura puede provocar una mala influencia. Los libros, como el pasado, deben servir para la formación del individuo, por lo tanto han de ser ejemplares, es imposible que no lo sean, por eso Plutarco proclama que harían falta muchos libros para denunciar todas las mentiras e invenciones del padre de la historia³⁸.

Los libros son, para Plutarco, en definitiva, tanto los suyos como los ajenos, pedazos de su propia vida, como dice de él Eunapio³⁹, y, añadimos, de su pensamiento, de su proyecto y de sus opiniones. Es un intelectual, un ensayista⁴⁰ y actúa como tal: lo que está en el centro es él mismo y los libros, su selección, su crítica, son el instrumento y el medio para explicarse.

El caso de Galeno es, otra vez, bien distinto. También él es un *pepaideumenos*, un hombre instruido en la *paideia*, nacido en una gran ciudad, donde estudió, se formó, y también se preparó para un oficio, para ejercer una *techne*.

Se instala en Roma donde ejerce como médico de grandes personajes, incluidos los emperadores⁴¹. Hay, sin embargo, alrededor de Galeno, algo que, por lo que a su fama respecta, hace dudar a los especialistas. De hecho, aparte de Ateneo,

36. *De malignitate Herodoti (Moralia, 854e-874c)*; el término griego que en latín traduce *malignitas* y en castellano 'malicia' es *κακοήθεια* que más bien significa, bajo mi punto de vista, 'poca ejemplaridad', 'que inclina al error o a la maldad'.

37. Lo mismo sucede con la poesía, que puede deformar, por poco ejemplar, la educación de los jóvenes, cf. *Quomodo adolescens poetas audire debeat (Moralia, 14d-37b)*.

38. Plu. 854f: οἶμαι προσήκειν ἡμῖν, ἀμνημονέοις ὑπὲρ τῶν προγόνων ἅμα καὶ τῆς ἀληθείας, κατ' αὐτὸ τοῦτο τῆς γραφῆς τὸ μέρος ἔπει τὰ γ' ἄλλα ψεύσματα καὶ πλάσματα βουλομένοις ἐπεξιέναι πολλῶν ἂν βιβλίων δεήσειεν 'creo que me corresponde a mí ser el defensor de mis antepasados al tiempo que de la verdad [Plutarco se refiere aquí a los ataques que, en la obra de Heródoto, reciben los beocios] en esa parte de su obra [de Heródoto]; luego, a los que quieran revelar las otras mentiras e invenciones, les harán falta muchos libros'.

39. Cf. Eun. VS 2.1.7.

40. Sobre el ensayo como forma literaria en el período imperial, cf. MESTRE (1991: 274-278) (sobre la crítica a Heródoto de Plutarco).

41. Fue médico de Cómodo, Marco Aurelio y Septimio Severo.

que lo incluye como un comensal más de sus *deipna* sofísticos, pocos de sus contemporáneos, griegos o romanos, lo mencionan⁴², lo cual no deja de sorprender por dos razones fundamentales: la primera y más obvia, la inmensa fama de que gozó más adelante, puesto que sus escritos han sido la base de toda la medicina occidental posterior⁴³, y, en segundo lugar, por los datos que él mismo nos da de su vida y de sus relaciones, numerosas y de gran relieve, así como por la gran cantidad de obras que dejó escritas⁴⁴. De estas obras, no todas son estrictamente tratados de medicina, sino que abordan el tema de la profesión médica comparándola con otras y, especialmente, intentando demostrar que, para ejercerla, es necesario también poseer las cualidades del sofista o del filósofo⁴⁵. El reciente estudio de Susan Mattern⁴⁶ analiza, en la obra de Galeno, todo tipo de narraciones médicas, especialmente las que describen los casos que los pacientes explican a su médico. Estas narrativas permiten trazar un prototipo bastante fiable de la profesión de médico en el imperio, ya que en ellas encontramos datos distintos de los directamente relacionados con la salud, pero que interaccionan con ellos, de clase social, de rivalidades profesionales, de identidad e incluso de género. Gracias a estas narraciones, percibimos a un Galeno sensible a lo que le cuentan sus pacientes, que se esfuerza por interpretar sus palabras y las relaciona con síntomas y percepciones, y nos dan una autorrepresentación del médico de Pérgamo que contrasta fuertemente con el carácter algo pretencioso y presuntuoso que percibimos cuando reclama su lugar en el mundo de los eruditos.

En cualquier caso, Galeno es sus propios libros: muchos de ellos son autobiográficos⁴⁷, tanto aquellos en los que vemos al médico en acción, escuchando y atendiendo a pacientes, como aquellos otros que le sirven para hacerse propaganda, mostrarse a sí mismo en todo su valor, como médico y como *pepaideumenos*. Un excelente ejemplo lo constituye el tratado *Sobre el pronóstico*⁴⁸, que trata en gran parte de los éxitos obtenidos por los acertados pronósticos de las enfermedades de sus pacientes, con la intención, sin duda, de atraerse la admiración y simpatía de futuros pacientes⁴⁹.

42. La primera mención prolija de su actividad la encontramos en Oribasio, médico del emperador Juliano, es decir, aproximadamente cien años después de la muerte de Galeno (cf. Orib. I.1); sobre los testimonios de Galeno, cf. BOUDON-MILLOT (2007: LXXX-XC y CIII-CVII).

43. Cf. NUTTON (1984).

44. Algunos estudiosos se han entretenido en comparar la obra conservada de Galeno y el resto de obras de la antigüedad, y el resultado es que los libros de Galeno son el 10% de todo lo que conservamos de Grecia, desde Homero hasta mediados del siglo IV dC, cf. NUTTON (2004: 390); cf. también JOUANA (1992: 496).

45. Sobre los planteamientos filosóficos del ejercicio de la medicina en Galeno, cf. PIGEAUD (1998); sobre Galeno y la segunda sofística, cf. BOWERSOCK (1969: 59-75).

46. MATERN (2008).

47. Este aspecto es el que precisamente estudia NUTTON (1972).

48. XIV 599-673 K (*De praecognitione*).

49. Cf., en este sentido, el artículo de NUTTON (1990), sobre un tratado de Galeno, no conservado en griego pero sí en su traducción al árabe, sobre lo que debe tener en cuenta un paciente a la hora de elegir a su médico, en perfecta consonancia con las virtudes sobre él mismo que Galeno enfatiza en *Sobre el pronóstico*.

Da la sensación de que Galeno, por medio de su obra escrita, sus libros, se lanza a una obsesiva carrera para ser reconocido, como médico, sin duda, pero también como hombre de letras. No renuncia, pues, a su *techne*, pero pretende que sea elevada a la altura de la de los sofistas. Muchos de sus libros parecen no tener otro objetivo que demostrar que está a la altura, no ya de sus colegas médicos —que a menudo crítica y denigra—, sino de los grandes intelectuales de su tiempo⁵⁰.

En cambio, en otro de sus tratados, *Sobre el arte de la curación*⁵¹, explica a su amigo Eugenio que no hace ningún caso de la opinión que la multitud tenga de él, ya que no aspira más que a la ciencia y a la verdad, razón por la cual, dice, jamás escribe su nombre en sus libros.

Curiosa afirmación ésta por parte de un prolijo autor que cuenta, entre sus obras, con una⁵² (*Sobre sus propios libros*) que tiene por único tema el catálogo, la descripción y la justificación de lo que contienen sus libros, decidiendo hacer de ella el instrumento tanto para explicar la amplitud de su obra, como para dar legitimidad a los libros que desea sean difundidos con su nombre. Es bien sabido que los libros de medicina tradicionalmente son difundidos sin nombre de autor o, incluso, bajo pseudónimo⁵³. Galeno quiere desvincularse absolutamente de esta tradición y, por un lado, que no le sean atribuidas obras no escritas por él —debía de ser corriente que discípulos suyos pusieran por escrito, con el nombre de Galeno, las notas que podían tomar de sus enseñanzas—, y, por otro, que no pase desapercibida ninguna de sus propias obras, aunque no sean estrictamente tratados médicos. Galeno, pues, se erige en autoridad de sí mismo, es el quien decide qué productos de su pensamiento y de su estudio deben aparecer con su nombre y cuáles no. Esta preocupación constituye un *unicum* entre los escritores de la antigüedad grecorromana, pero indica hasta qué punto la circulación de sus libros era vital para Galeno en aras de su proyección social.

Aparte de estas obras tan claramente autobiográficas de un intelectual, *aunque* médico —y la concesiva aquí es intencionada—, las técnicas de Galeno, en sus escritos más científicos, son las habituales de este género, a saber, el comentario de las obras del maestro y la exposición catalógica de asuntos de interés médico: enfermedades, síntomas, fármacos, etc.

En cierto modo, la obra de Ateneo es también catalógica, como la de un lexicógrafo⁵⁴, no así la de Plutarco.

50. A diferencia de hoy en día, en nuestra sociedad, el prestigio y el estatus del médico no era ni mucho menos el del hombre de letras, baste recordar que, a menudo, eran los esclavos a quien se acudía para algunos tratamientos.

51. X 1-1021 K (*De methodo medendi*), cf. aquí X 457-8 K.

52. XIX 8-48 K; esta obra, en la edición de KÜHN viene seguida por otra titulada *Sobre el orden de sus libros* (*De ordine librorum suorum*, XIX 49-61 K), seguramente incompleta, pero con una intención semejante a la anterior, aunque más enfocada a su *curriculum studiorum*.

53. Cf. FLEMMING (2007: 263-264).

54. Cf. JACOB (2000: 91): «Athenaeus' project is, to a certain extent, an exploration of the world of what was ever said or written: the space of the Greek language and of the literature that fixed it, used it and played with it». Para una comparación de las técnicas de Galeno y Ateneo, cf. WILKINS (2007).

Mi recorrido empezó con la dura crítica que, por comprar libros, Luciano —o, en todo caso, quien habla en primera persona en *Contra un inculto que compraba muchos libros*— dirigía a un sirio paisano suyo. Este punto de partida ha sido la ocasión para retratar, con algunos ejemplos dispares, la sociedad libresca del Imperio: desde quien quiere ascender en la escala social y de los méritos por las apariencias, hasta quien quiere hacerlo poniéndose, desde la profesión de médico, al mismo nivel que los intelectuales y hombres de letras del momento gracias a la escritura, publicidad y difusión de sus propios libros, confiriéndose, al mismo tiempo, autoridad en tanto que médico y en tanto que intelectual, pasando, evidentemente, por dos reconocidos intelectuales de la élite, los cuales, sin embargo, tienen también una relación bien distinta con el libro, la biblioteca y el saber: Ateneo es la biblioteca, tanto en sentido material como conceptual⁵⁵; su obra presenta al lector el viaje de lector empedernido, de usuario de biblioteca, que él mismo lleva a cabo, poniéndolo en boca de esos personajes que asisten a su banquete y que explican su particular manera de viajar por los libros y la tradición. Plutarco, en cambio, presenta a sus lectores su forma de pensar y concebir *su* mundo y se muestra como lector crítico, discriminador de lo que sirve y de lo que no, discute algunas autoridades indiscutibles y consagra otras, y, con ello, él, un intelectual, moralista, alguien que quiere influir entre sus pares, se erige en autoridad, en líder de conducta⁵⁶.

En realidad, por medio de los libros —su posesión, su lectura, su escritura—, cada uno de ellos «se ocupa de sus asuntos».

Bibliografía

- BOUDON-MILLOT, V. (2007). *Galien. Tome I* («Introduction générale»). París: Les Belles Lettres, p. VII-CCXXXVIII.
- BOWERSOCK, G.W. (1969). *Greek Sophists in the Roman Empire*. Oxford: Clarendon Press.
- BRAUND, D. (2000). «Learning, Luxury and Empire: Athenaeus' Roman Patron». En BRAUND, D. y WILKINS, J. (eds.). *Athenaeus and his World*. Exeter: University of Exeter Press, p. 3-22.
- CAMEROTTO, A. (1998). *Le metamorfosi della parola. Studi sulla parodia in Luciano di Samosata*. Pisa-Roma: Istituti Editoriali e Poligrafici Internazionali.
- CANFORA, L. (2001). «La tradition indirecte: le cas de la *Bibliothèque* de Photius». En GIARD, L. y JACOB, C. (eds.). *Des Alexandries I. Du livre au texte*. París: Bibliothèque Nationale de France, p. 357-368.
- CAVALLO, G.; TURNER, E.; KLEBERG, T. (1975). *Libri, editori e pubblico nel mondo antico: guida storica e critica*. Roma-Bari: Laterza.
- COMPAGNON, A. (1979). *La seconde main ou Le travail de la citation*. París: Seuil.
- CRIBIÖRE, R. (1996). *Writing, Teachers, and Students in Graeco-Roman Egypt*. Atlanta: Scholars Press.

55. Cf., para esta diferenciación, NAGY (2001).

56. Cf., para un análisis de la intencionalidad política de Plutarco en las *Charlas de sobremesa*, KÖNIG (2007).

- ELSNER, J. (1998). *Imperial Rome and Christian Triumph*. Oxford y Nueva York: Oxford University Press.
- FLEMMING, R. (2007). «Women, Writing and Medicine in the Classical World». *CQ* n. s. 57.1, p. 257-279.
- GLEASON, M.W. (1995). *Making Men. Sophists and Self-Presentation in Ancient Rome*. Princeton, N.J.: Princeton University Press.
- HARRIS, W.V. (1989). *Ancient Literacy*. Cambridge, Mass.: Harvard University Press.
- JACOB, C. (2000). «Athenaeus the Librarian». En BRAUND, D. y WILKINS, J. (eds.). *Athenaeus and his World*. Exeter: University of Exeter Press, p. 85-110.
- (2001). «Ateneo o il Dedalo delle Parole». En CANFORA, L. (ed.). *Ateneo. I Deinosofisti: I Dotti a Banchetto*. Roma: Salerno Editrice, p. XI-CXVI.
- (2004). «La citation comme performance dans les *Deipnosophistes* d'Athénée». En DARBO-PESCHANSKI, C. (ed.). *La Citation dans l'Antiquité: actes du colloque du PARSAs, Lyon, ENS LSH, 6-8 novembre 2002*. Grenoble: Jérôme Millon, p. 147-174.
- JOHNSON, W.A. (2000). «Toward a Sociology of Reading in Classical Antiquity». *The American Journal of Philology* 121, p. 593-627.
- JOUANNA, J. (1992). *Hippocrate*. París: Fayard.
- KÖNIG, J. (2007). «Fragmentation and coherence in Plutarch's *Sympotic Questions*». En KÖNIG, J. y WHITMARSH, T. (eds.). *Ordering the Knowledge in the Roman Empire*. Cambridge: Cambridge University Press, 43-68.
- MATTERN, S.P. (2008). *Galen and the Rhetoric of Healing*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- MESTRE, F. (1991). *L'assaig a la literatura grega d'època imperial*. Barcelona: PPU.
- (1994). «Plutarc i Montaigne». *Anuari de Filologia XVII D5*, p. 59-72.
- (1997). «Per què Plutarc no és un sofista». En BOSCH, M.C. y FORNÉS PUIG, M.A. (eds.). *Homenatge a Miquel Dolç. Actes del XIIIè Simposi de la Secció Catalana i I de la Secció Balear de la SEEC (Palma, 1-4 de febrer de 1996)*. Palma de Mallorca: Consell d'Educació, Cultura i Esports, p. 223-228.
- (1999). «Plutarco contra el sofista». En PÉREZ JIMÉNEZ, A.; GARCÍA LÓPEZ, J. y AGUILAR, R.M. (eds.). *Plutarco, Platón y Aristóteles*. Madrid: Ediciones Clásicas, p. 383-395.
- MESTRE, F.; GÓMEZ, P. (1998). «Les sophistes de Philostrate». En LORAUX, N. y MIRALLES, C. (eds.). *Figures de l'intellectuel en Grèce ancienne*. París: Bélin, p. 333-369.
- (2007). *Luciano. Obras IV*. Madrid: CSIC.
- NAGY, G. (2001). «Homère comme modèle classique pour la bibliothèque antique: les métaphores du corpus et du cosmos». En GIARD, L. y JACOB, C. (eds.). *Des Alexandries I. Du livre au texte*. París: Bibliothèque Nationale de France, p. 149-161.
- NUTTON, V. (1972). «Galen and Medical Autobiography». *Proceedings of the Cambridge Philological Society*, 18, p. 50-62.
- (1984). «From Galen to Alexander. Aspects of Medicine and Medical Practice in Late Antiquity». *Dumbarton Oaks Papers* 38, p. 1-14.
- (1990). «The Patient's Choice: A New Treatise by Galen». *CQ* n. s. 40, p. 236-257.
- (2004). *Ancient Medicine*. Londres y Nueva York: Routledge.
- PIGEAUD, J. (1998). «La figure du medecin. Galien philosophe». En LORAUX, N. y MIRALLES, C. (eds.). *Figures de l'intellectuel en Grèce ancienne*. París: Bélin, p. 295-331.
- SCHMITZ, T. (1997). *Bildung und Macht. Zur sozialen und politischen Funktion der zweiten Sophistik in der griechischen Welt der Kaiserzeit*. Munich: C.H. Beck.
- WHITMARSH, T. (2000). «The Politics and Poetics of Parasitism: Athenaeus on Parasites and Flatterers». En BRAUND, D. y WILKINS, J. (eds.). *Athenaeus and his World*. Exeter: University of Exeter Press, p. 304-315.

- WHITMARSH, T. (2005). *The Second Sophistic*. Oxford: Oxford University Press.
- WILKINS, J. (2007). «Galen and Athenaeus in the Hellenistic Library». En KÖNIG, J. y WHITMARSH, T. (eds.). *Ordering the Knowledge in the Roman Empire*. Cambridge: Cambridge University Press, p. 69-87.